



Arturo San Agustín

Tras el Portón de Bronce

La realidad vaticana en la era del papa Francisco

Arturo San Agustín
Tras el Portón de Bronce

La realidad vaticana
en la era del papa Francisco

ediciones península

© Arturo San Agustín Garasa, 2015

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Repros, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;

91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: febrero de 2015

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2015
Ediciones Península,
Pedro i Pons 9, 11^a pta
08034-Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

VÍCTOR IGUAL - fotocomposición
IMPRENTA BLACK PRINT CPI - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B-88-2015
ISBN: 978-84-9942-388-3

«En el Vaticano, decir la verdad —y no precisamente al papa— puede constituir un martirio o el comienzo de un martirio.»

La frase es del obispo Justo Mullor, ya jubilado, quien, además de nuncio en varios países, estuvo al frente de la Pontificia Accademia Ecclesiastica, es decir, la Escuela Diplomática de la Santa Sede. Pero quizá debería comenzar por el principio.

Sólo tiene una extensión de 44 hectáreas, delimitadas por murallas y por la franja de mármol travertino que en la plaza de San Pedro une los dos brazos de la columnata de Bernini. Sobre su número de habitantes es imposible saber con exactitud si son 900 o 1.000.

La primera vez que entré en el Vaticano no lo hice por el majestuoso y cinematográfico Portone di Bronzo, sino por la Porta Sant'Anna, que es más ciudadana, más laica, más humana. La hacen más humana o terrenal las esposas de los empleados del Vaticano y de los oficiales de la Guardia Suiza y algunas monjas que salen y entran con sus carros de la compra y que van o vienen del economato vaticano.

—Bueno, pues ya está usted en el Vaticano. Y he podido conseguirle una plaza en la audiencia de mañana. Con el cardenal Castillo podrá hablar el jueves. Mire, ese que ahora entra por aquí, por la Porta Sant'Anna, es el cardenal Ratzinger. Sabe tocar el piano y le gustan los gatos.

La primera persona que me permitió, hace ya bastantes años, estar *dietro le mura vaticane*, es decir, detrás de las murallas vaticanas; la primera persona que me permitió entrar en el Palazzo Apostolico

y en el del Governatorato; la primera persona que me invitó a compartir alguna vez los sencillos pero sabrosos platos de verduras y bacalao —obligado todos los viernes— que comía o cenaba aquella familia salesiano-venezolana, de la que formaban parte Luz Marina y Teresita Roche, fue un salesiano diáfano y humilde, el sacerdote Jesús Omeñaca Sevillano. Por eso, antes de viajar a Roma, he querido visitar el cementerio de Sarrià en Barcelona, donde está enterrado. Murió el 26 de abril de 2012. Tenía 79 años y nunca perdió la sonrisa.

En realidad sólo la perdió un instante, cierto día. Fue cuando le dije que me habían hablado de una carta, fechada en 1988 y firmada por el entonces prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el cardenal Joseph Ratzinger, en la que pedía al cardenal Castillo Lara revisar las garantías procesales de los casos de abusos sexuales protagonizados por sacerdotes. La respuesta de Castillo Lara fue «que no le parecía apropiado».

—Me extraña mucho lo que me dice, pero mucho. ¿Ha visto usted esta carta?

—No.

—Pues que Dios me perdone, pero no sé qué decirle. Yo no lo sé todo. Yo sólo puedo asegurarle que mi cardenal es un hombre honesto. Y en cualquier caso un cardenal también obedece. Por supuesto que se puede y se debe rebelar ante asuntos graves, pero un cardenal es sólo una parte de la curia. Y un cardenal no italiano manda menos que sus hermanos italianos. Lo cual, puedo asegurárselo, no quiere decir que se calle, es decir, que otorgue, como decimos los españoles.

Muchos años más tarde, esa carta o cartas se hicieron públicas, pero no quise llamar a Jesús Omeñaca, que ya no vivía en el Vaticano y estaba enfermo, para hablar de ellas.

Al abandonar el cementerio barcelonés, y después de dedicar un recuerdo a aquel buen cura, no sé por qué pero decido llamar a un amigo, que es historiador de la Iglesia, y le pregunto si me puede decir los nombres de los santos que hoy celebra la Iglesia católica. Tras su consiguiente extrañeza, me responde:

—Hombre, el principal santo de hoy es san Juan Bosco, que por cierto estuvo en Barcelona. Fue el fundador de los salesianos. Y lo sé porque yo estudié en los salesianos de Sarrià. ¿Por qué te interesa ahora el santoral?

—Mera curiosidad.

Son demasiadas casualidades, pero no las recibo como un signo, sino como un feliz y oportuno guiño.

Al soriano Jesús Omeñaca, que era menudo, redondo y sonriente, en el Vaticano lo llamaban don Gesù. Le gustaba entonar la canción *Granada* y en la Tipografía Poliglotta Vaticana algunos lo recuerdan siguiendo con bastante entusiasmo los partidos de fútbol de la Champions League. Cuando conocí a Omeñaca, la primera vez que hablé con él, el responsable de la Capilla Sixtina era un agustino, un hermano lego.

—Yo sólo soy un pobre cura, pero tengo la suerte de ser el secretario de un gran cardenal, que es venezolano y se llama Rosalio José Castillo Lara. Créame: casi todos los cardenales, vistos de cerca, ganan mucho humanamente. ¿Qué no habrá usted oído o leído sobre Agostino Casaroli?

—Que es muy inteligente, masón, traidor, en fin, el cardenal rojo.

—La única verdad es que Castillo Lara es muy inteligente. Todo lo demás es mentira. Pasará a la historia como un gran secretario de Estado, como un gran diplomático. Y lo que pocos saben es que cuando desaparece y dicen que está rezando es porque se ocupa con absoluta entrega y, desde hace ya muchos años, de un colegio, de un orfanato. Infancias difíciles, ya sabe. Y allí no se comporta como un cardenal sino como un sacerdote. Pero, en fin, mi estancia en el Vaticano acabará y yo lo deseo. No, no soy hombre de palacios. Aunque, como comprobará, las estancias donde vivimos son muy sencillas. Nada que ver con las películas. Lo exterior no siempre coincide con lo interior.

—¿Hablamos de palacios o de...?

—Yo, ahora, me refería a los llamados palacios vaticanos.

—Mientras esperaba sentado en la garita de los guardias suizos que usted llegara me han dicho que su cardenal es el que manda más en el Vaticano.

—Supongo que ya le han contado que la matrícula de los coches del Vaticano, SCV, no quiere decir Stato della Città del Vaticano sino «*si Castillo vuole*» («si Castillo quiere»).

—Me lo han contado, sí.

—Es una broma, claro. Lo cierto es que del cardenal se dice que es un venezolano con alma romana y que tiene un gran carisma. Él ha sido el artífice del nuevo Código de Derecho Canónico, que ha-

cía muchos años que nadie se atrevía a cambiar. Y ahora se ha empeñado en restaurar o en devolver su verdadero rostro, ya me entiendo, a la Capilla Sixtina y en convertir la Casa Santa Marta en un lugar habitable pensando en los próximos cónclaves y en los cardenales.

—Creo que algunos han dicho que esas obras perjudicarán a la visión panorámica que ahora se tiene de la columnata de Bernini.

—Eso no es verdad. Como tampoco lo es eso otro que algunos siempre dicen: que en el Vaticano lo que no es sagrado es secreto.

El cardenal Rosalio José Castillo Lara, que fue presidente de la Administración del Patrimonio de la Santa Sede, era un venezolano ocurrente, simpático y de nariz chata. Pero también podía ser bravo, muy bravo, y por esa razón algunos siempre lo tuvieron por polémico. Cuando regresó a su Venezuela, a su Güiripa natal, que es tierra de carotas, mangos y tomatos cagones, fue capaz de enfrentarse a aquel gallo con chándal, aquel hablador desmesurado y demagogo, aquel comandante Chávez, de nombre Hugo, que lo llamaba «demonio vestido de rojo». Chávez siempre andaba con un ejemplar pequeño de la «Constitución bolivariana» y un crucifijo. Lo del crucifijo era sólo cuando llegaban las elecciones.

La primera vez que Hugo Chávez visitó el Vaticano, mientras iba al encuentro de Juan Pablo II, no cesaba de pedir que le trajeran un obispo para que lo bendijera.

—Que un obispo me bendiga, por favor. Y que me tomen una foto.

Buscaba, pues, la foto. Una bendición vaticana es siempre una herramienta política en tierras de prodigios donde la nueva y vieja santería se mezcla a veces, según conviene, con la religión católica.

—Necesito un obispo para que me bendiga. Y que me tomen una foto.

Un monseñor vaticano intentó tranquilizarlo.

—No se preocupe, presidente Chávez. Si lo desea será bendecido por el obispo de Roma, por el papa Juan Pablo II.

—Es cierto, perdone.

Pero Hugo Chávez no pudo satisfacer su capricho propagandístico. Tras una puerta entreabierta, Joaquín Navarro-Valls, entonces director de la Oficina de Prensa del Vaticano, fue testigo directo de la astucia de Chávez y cuando, llegado el momento, éste le pidió al papa que lo bendijera, cuando los fotógrafos venezolanos o «boliva-

rianos» que rodeaban a Chávez se disponían a tomar la instantánea, Navarro-Valls cogió el brazo derecho de Juan Pablo II y detuvo su gesto.

—Ya lo bendecirá más tarde, Santo Padre.

Y no hubo fotografía con bendición papal.

Subo al taxi que me conducirá al aeropuerto barcelonés del Prat y, pensando en el cardenal Castillo Lara, recuerdo lo que Jesús Omeñaca me dijo un día de él.

—Cuando llegó al Vaticano, el cardenal, que era muy activo, tuvo que escuchar en cierta ocasión un consejo. O una advertencia. Alguien muy importante le dijo: «Frene usted su impaciencia latinoamericana. No olvide nunca que Roma es eterna».

Y ese consejo o advertencia me obliga a pensar en el papa Francisco.

—En el Vaticano puede pasar cualquier cosa. Y pasa, siempre pasa. Y, si me lo permite, sea usted prudente con todas las opiniones. Sobre todo con las que se refieren al papa Francisco.

—Explíquese.

—En el Vaticano nunca nos ponemos de acuerdo. Cuando tenemos un papa intelectual que no entusiasma a las masas suspiramos por un papa popular que sepa llegar a todos, al que se le entienda.

—Que es el caso de Francisco.

—Exacto. Por eso ahora, algunos intelectuales, como Vito Mancuso, le censuran su estilo, según él, algo demagógico, y le aconsejan que no pretenda siempre sorprender, maravillar, seducir.

El monseñor italiano que así se expresa y que trabaja en uno de los principales dicasterios vaticanos es un tipo alto, magro y aficionado al fútbol. No le importaría que escribiera aquí su verdadero nombre, pero yo sé que no debo escribirlo y no lo voy a escribir. Nobleza obliga.

—Si no escribo su nombre, monseñor, cuando este libro aparezca seré criticado por el padre Federico Lombardi. Ya sabe que al director de la Oficina de Prensa vaticana y de la Radio Vaticana no le gustan los testimonios anónimos.

—El padre Lombardi sabe muy bien que si no es a través del anonimato nadie podría escribir nada del Vaticano. Forma, pues, parte de su trabajo descalificar educadamente todos los testimonios anónimos.

—Estaba pensando en el libro *L'homme qui ne voulait pas être*

pape, es decir, Benedicto XVI. Ya sabe que Lombardi ha criticado ese libro. Y ha desmentido, públicamente, que el mayordomo «traidor», Paolo Gabriele, tuviera contacto alguno con el cardenal Mauro Piacenza. El autor del libro, Nicolas Diat, insinúa que Piacenza utilizaba al mayordomo como una marioneta porque aspiraba a ser el nuevo secretario de Estado.

—Mire, volvamos a los testimonios anónimos. Yo, a usted, no lo conozco, pero por las referencias que me han facilitado, le deseo lo mejor. Y me explico: espero que el padre Lombardi critique también este libro que está usted escribiendo. Yo, francamente, recomiendo la lectura del libro de Nicolas Diat. Puedo asegurarle que está muy bien informado. Nadie como él ha destacado, por ejemplo, que cuando Benedicto XVI se enteró de que durante el tiempo que su hermano fue director de determinado coro infantil se cometieron algunos abusos sexuales, quedó muy afectado, mucho, mucho. Finalmente, el hermano del papa, que alegó desconocer aquellos hechos, pudo demostrar su inocencia, pero, insisto, desde que Benedicto XVI tuvo conocimiento de aquellos lamentables hechos ya no fue el mismo.

—¿Cree usted que Domenico Giani, el comandante de la Gendarmería vaticana, está vinculado a la francmasonería o eso es, como han dicho algunos, una calumnia?

—Yo sólo sé lo que sé y supongo que Diat sabe lo que escribe. A mí no me extraña que la masonería y otras organizaciones intenten introducirse en el Vaticano, pero de Domenico Giani no sé nada.

—¿Y de Antonio Paolucci, el director de los Museos Vaticanos?

—Tampoco sé nada.

—En el libro de Diat se cuenta que el cardenal Ivan Dias acusó a ambos de ser enlaces entre la francmasonería y la Santa Sede.

—¿Usted quiere escribir un libro periodístico o una novela?

—Hace ya bastantes años que no me gustan las novelas.

—Me alegro.

Las novelas no me gustan, sí me gustan las historias reales. Y si le propuse al monseñor italiano comer en este restaurante, no fue porque el mismo esté ubicado en la Piazza Elio Callistio o porque una de sus especialidades sean los *polipetti affogati*, sino porque era en este restaurante donde cierto periodista ruso o soviético, de nombre Vladimir y nacido en Moscú, solía invitar a sus colegas italianos. Vladimir escondía su condición de espía del KGB bajo el ropaje de

periodista, de corresponsal de la Radio Televisión Soviética. O sea, que el tal Vladimir quizá frecuentaba este restaurante, especializado en pescados, sólo porque la Piazza Elio Callistio, antes, se llamaba Piazza della Sedia del Diavolo, es decir, plaza de la silla del diablo. Y así se lo reconoció en cierta ocasión a un corresponsal de prensa español, Salvador Aragonés.

Cuando abandonamos el restaurante sigue lloviendo, pero menos que hace un rato.

—Así que en el Vaticano puede pasar cualquier cosa, monseñor.

—Sí.

—¿Por ejemplo?

—Pues que un prefecto de dicasterio puede ser nombrado inesperadamente nuncio apostólico en Irán o en Egipto. O que alguien, aparentemente defenestrado, sea repescado, sin que nadie sepa por qué, por un nuevo pontífice. Etcétera.

—Todo eso también ocurre ahora en muchas empresas.

—Pero el Vaticano no es una empresa; ni empresa ni multinacional como algunos creen equivocadamente. Y, además, lo que le acabo de decir no es nuevo. En el Vaticano se conjuga lo italiano y lo universal.

—Ya.

—El Vaticano es un pequeño enclave en la ciudad de Roma, *caput mundi* y algo muy importante: la mayoría de sus funcionarios (laicos, sacerdotes y religiosos) son italianos. Como yo. Le aconsejo que para que sus lectores no se líen hable con el historiador y prelado de honor del papa, Vicente Cárcel. Sólo él es capaz de explicar bien en cinco minutos qué es el Vaticano.

—Pues intentaré que ese prelado de honor del papa aparezca en la mitad de este libro para que la idea quede más clara. Pero usted tiene que explicarme qué es Italia.

—Hasta hace poco era un país fantasioso. Ahora aún no sabemos lo que será. En el Vaticano no sólo se hacen las cosas a la italiana sino también a la vaticana. ¿Me explico?

—Creo que sí.

—Todo mucho más complicado. Si hablamos, por ejemplo, de leyes, en el Vaticano se aplican cien leyes, pero existen también cien excepciones a esas leyes, que, por supuesto, también se aplican. Lo de las cien leyes es una manera de hablar, pero supongo que se entiende lo que quiero decir.

—¿Quién fue Juan Pablo II?

—Un místico.

—Quizá demasiado buen actor, en el noble sentido de la palabra, para ser un místico.

—Se equivoca. Olvídense de los viajes y los estadios llenos de personas. Juan Pablo II era un místico. Era un san Juan de la Cruz del siglo xx. ¿Sorprendido?

—Sí. Benedicto XVI.

—Un teólogo. Posee un *beautiful mind*. Tal vez es la mente teológica más preclara que ha tenido la Iglesia después de santo Tomás de Aquino. ¿Sorprendido?

—No. Francisco.

—Un gran pastor de almas. Se asemeja bastante a san Juan María Vianney, el cura de Ars.

—¿No me pregunta en este caso si su definición del papa Francisco me ha sorprendido o no?

—No. En cualquier caso tenga muy presente algo que estos días circula por el Vaticano y sus inmediaciones. El papa argentino lleva un nombre franciscano, viste como un dominico, pero, en el fondo en el fondo, es un jesuita.

—¿Y qué es un jesuita?

—Eso se lo tendrá que preguntar a algunos de sus amigos jesuitas. Yo sólo puedo decirle lo que hace unos días contó el jesuita Humberto Miguel Yáñez, que es también argentino y profesor de la Pontificia Università Gregoriana.

—¿Y qué dijo?

—En la homilía que pronunció en la iglesia del Gesù con motivo de la canonización de Pietro Fabro, afirmó que un jesuita era una persona incompleta y por eso tiene la necesidad y la obligación de buscar en las periferias existenciales. Por cierto, antes de despedirnos me gustaría que usted escribiera en su libro que hasta que no se hagan realidad algunas reformas nada habrá cambiado aún el papa Francisco.

—¿Y qué reformas son ésas?

—Las mujeres, religiosas o laicas, han de tener responsabilidades importantes en el Vaticano. Han de presidir comisiones y dicasterios, que son el equivalente a los ministerios. Han de ejercer altos cargos tanto en la administración como en la gestión. Y no han de ser necesariamente italianas. Dar arroz o leche a los pobres en las

parroquias es algo necesario y obligado, pero las mujeres, laicas o religiosas, han de ejercer cargos de responsabilidad.

—¿Más reformas?

—Las personas separadas o divorciadas han de poder comulgar. Hemos de plantearnos seriamente el tema del celibato como una opción. Así se hace en la Iglesia oriental católica. Y los laicos han de dejar de ser simples soldados y corresponsabilizarse en tareas al más alto nivel. Hacen falta urgentemente más reformas, pero éstas, ay, cambiarían mucho el rostro de la Iglesia.

—¿Puede hablarse de progresismo en la Santa Sede?

—Un colega suyo, un periodista italiano, ya jubilado, dijo en cierta ocasión que Gramsci no se equivocaba demasiado cuando escribió que la Iglesia jerárquica siempre está tensionada por integristas, progresistas y jesuitas. Y, periódicamente, todos ganan; todos menos los progresistas.

Me despidió del monseñor italiano y decido acercarme al Vaticano. A los tramos que aún se conservan de sus legendarias murallas he de prestarles la atención que nunca les he prestado hasta ahora. Y en este preciso instante regresa a mi mente cierta mañana con mucho sol en las alturas; una mañana en la que, gracias a un permiso especial, se me permitió pasear en absoluta soledad por los jardines vaticanos.

Porque es en días de mucho sol y en los jardines vaticanos, observando algunos tramos de las llamadas murallas leoninas con sus torres y almenas, cuando se entiende mejor la historia del Vaticano. Murallas que, según algunos historiadores, deben ser consideradas como auténtica arquitectura militar romana y que tienen que ver con León IV, papa que supo de los sarracenos y que fue el primero que ordenó fortificar el Vaticano. Según otros historiadores, esos tramos de muralla pertenecen a las que mandó levantar posteriormente otro papa, Nicolás V, que, temiendo el ataque de los turcos, ordenó restaurar las murallas urbanas y, pensando en la defensa del Borgo, reforzó el enlace entre el castillo de Sant'Angelo y la Ciudad del Vaticano.

También el castillo de Sant'Angelo suele hablar en voz alta si se le presta la debida atención. Sobre todo en la madrugada, cuando no están los vendedores, muchos de ellos africanos, que venden en sus inmediaciones baratijas turísticas. El castillo de Sant'Angelo, que antes fue mausoleo de Adriano, pasó a ser fortaleza y símbolo de la

defensa sagrada de la Iglesia. Y en el mismo, lo pagano se transformó en cristiano, en católico, en san Miguel, arcángel guerrero, que fue quien, según el papa Gregorio Magno, se le apareció en sueños. Y eso explica por qué el tan fotografiado castillo lleva nombre arcaico.

Cuesta imaginar que lo que ahora es la Ciudad del Vaticano fue antes una zona pantanosa donde los mosquitos sobrevolaban el silencio de los muertos recientes, porque además de pantanal todo aquello era lugar de enterramientos.

Mientras tomo un *ristretto* en un pequeño bar situado en Borgo Sant'Angelo, anoto en una libreta la anécdota que hace una hora me ha contado el monseñor italiano.

—Hace un tiempo (ya sabe que, de momento, el tiempo en el Vaticano es otro), un amigo mío organizó un encuentro de varios corresponsales de prensa con el cardenal Tauran, que, entre otras cosas, habló de lo importante que son los matices cuando se escribe o habla de una institución tan vieja como la Iglesia católica y para relativizar, desde el punto de vista vaticano, las urgencias de determinadas presiones mediáticas.

—¿Estaba presente en esa reunión algún periodista español?

—Sí, pero no pienso decir su nombre. No voy a decirle su nombre, pero sí que fue precisamente él quien preguntó al cardenal Tauran, que en 2006 ocupaba el cargo de archivero bibliotecario de la Santa Sede, cómo afrontaría el Vaticano determinado problema que entonces parecía muy importante y que ya duraba varios años. Problema que, según opinaba el corresponsal español, podía resolverse con una simple medida de gobierno. ¿Le interesa lo que le estoy contando?

—Claro.

—Bien. El cardenal Tauran, fino diplomático, con amplia experiencia internacional y pleno conocimiento de la realidad vaticana, le contestó: «Sí. Tiene usted razón. Plantea usted un problema muy interesante. En Roma, la Iglesia católica se ocupó de este tema por primera vez en torno al año 500. Después, en el siglo XIII, pareció querer pronunciarse, pero tampoco lo hizo en el siglo XIX. Supongo que es usted muy consciente de que estamos hablando de contextos históricos y culturales muy distintos. Entiendo, pues, la importancia del tema que usted me plantea, pero no es algo que tenga fácil solución». La naturaleza humana, amigo, es muy compleja. Es tan com-

pleja que, cuando el papa Francisco decidió vivir en la Casa Santa Marta, algunos embajadores acreditados ante la Santa Sede llegaron a decir, muy en *petit comité*, que era porque temía ser envenenado.

—¿Y estaban bien informados esos embajadores?

—Por favor. Y luego nos extrañamos de las cosas que se inventan algunos novelistas cuando escriben sobre el Vaticano.

Hasta ahora, la curia vaticana era popularmente conocida como «el muro de goma».